

CRISTO, NUESTRA VIDA

“CON CRISTO ESTOY JUNTAMENTE CRUCIFICADO ...”

Gálatas 2:20 Con Cristo he sido crucificado, y ya no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí; y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo por fe en el Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.

Con la ayuda del Señor trataremos de explicar el contenido maravilloso que encontramos en este verso de la Escritura el cual, lastimosamente al amparo del legalismo es mal interpretado por muchos.

“Con Cristo estoy juntamente crucificado ...” lo que Pablo nos está diciendo es: *“en la condición que Cristo estuvo en la cruz, en esa misma condición me encuentro yo”*. Esas palabras nos deben de mover a la reflexión de considerarnos a nosotros mismos, en la misma **condición** por la que Cristo llegó a estar crucificado”. Con ésta expresión Pablo está cubriendo dos aspectos que debemos concebir:

1. Es una experiencia de Cristo a favor nuestro: Este punto es importante porque es algo que ha de llegar por Gracia, no lo podremos vivir ni aplicar a nuestras vidas, a menos que venga por revelación; porque al decir: *“con Cristo estoy juntamente crucificado”* es algo que debemos de concebirlo por Gracia. Debemos entender que nosotros no somos víctimas literales del sacrificio de la resurrección como lo fue Cristo y porque gracias a Él que nos sustituyó en su sacrificio a favor nuestro, nosotros ya no tenemos porqué ser crucificados. Él era el Cordero perfecto que tenía que ser crucificado.

2. Es una concepción espiritual personal: lo que quiere decir es que debemos apropiarnos individualmente de ésta condición, por eso dice: *“Con Cristo estoy...”* . La invitación es para buscar y concebir en nuestro corazón la visión de estar crucificado juntamente con el Señor. Es algo personal.



Retomando el primer punto, esto se ve muchas veces opacado por el mensaje legalista, pues éste nos invita a que seamos nosotros mismos los que vivamos en la condición que se narra en éste verso, es decir, que sea yo el que tenga que esforzarme por vivir una vida abnegada y de constante lucha y dolor, pero el Apóstol Pablo en ningún momento está dándonos ese concepto, si no que dice: *“Con Cristo he sido juntamente crucificado”* (RVA). Es decir que, debemos tener muy claro que lo que nos ha pasado a nosotros es que nos han dado una ubicación en la experiencia de Cristo. Es un grave error pensar que nosotros debemos levantar nuestra propia cruz y ponerla a la par de la cruz de Cristo. Dios no nos está pidiendo que elaboremos una experiencia de auto-crucifixión, no tenemos que entrar meramente a un proceso de crucifixión, si no debo ubicarme creyendo que soy un beneficiario de la experiencia que vivió Cristo en el Calvario.

La mayor gracia que tenemos nosotros de parte del Padre, es que nos podemos gloriar de que todo lo que es de Cristo también es nuestro, como decía el Apóstol Pablo: *“... en Cristo Jesús he hallado razón para gloriarme en las cosas que se refieren a Dios”*. (Rom. 15:17)

Gloriémonos plenamente de la bendición que Cristo es para nosotros, Él fue crucificado, ya pagó el precio de nuestra redención, no podemos nuevamente volver a vivir lo que Cristo ya padeció, el Padre mismo no aceptaría otro sacrificio, lo vemos en los siguientes versos:

Heb 7:26 “Porque convenía que tuviéramos tal sumo sacerdote: santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores y exaltado más allá de los cielos, v:27 que no necesita, como aquellos sumos sacerdotes, ofrecer sacrificios diariamente, primero por sus propios pecados y después por los pecados del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, cuando se ofreció a sí mismo”.

Heb. 9:11 Pero cuando Cristo apareció como sumo sacerdote de los bienes futuros, a través de un mayor y más perfecto tabernáculo, no hecho con manos, es decir, no de esta creación, v:12 y no por medio de la sangre de machos cabríos y de becerros, sino por medio de su propia sangre, entró al Lugar Santísimo una vez para siempre, habiendo obtenido redención eterna.



No hay razón alguna para que cada uno de nosotros nos colguemos de nuevo en un madero. No debemos ser como ninguno de los dos ladrones, que aunque estuvieron crucificados *“a la par de”*, no por eso estuvieron *“crucificados juntamente con Cristo”*, pues uno de ellos era incrédulo y el otro aunque creyó, no recibió los beneficios de la Vida de Cristo, sino sólo hasta después de muerto. Debido a que ellos estuvieron colgados en una cruz *“a la par de”* Cristo, la cruz no tuvo efecto alguno en sus vidas y de igual manera nos puede suceder a nosotros si nos concebimos crucificados a la par de Cristo. Si esto hacemos, la transformación que nos garantiza la cruz de Cristo se vuelve nula en nosotros, aunque así pasemos agonizando toda nuestra vida inmersos en el legalismo.

El sacrificio de Cristo en la cruz del calvario satisfizo la justicia del Padre de una vez y para siempre. No podemos nosotros convertirnos en víctimas de expiación, esto es un engaño de Satanás inculcado a través del legalismo, pues lo que el hombre busca con esto no es más que la aprobación de Dios por medio de la fuerza y la justicia humana.

Esta situación es similar también a la vida del hermano mayor del pródigo, pues vemos en esta parábola como él se amargó, porque nunca creyó que todo lo que había en la casa del padre era suyo. Pues sus palabras fueron: *“Padre: Mira, por tantos años te he servido y nunca he desobedecido ninguna orden tuya, y sin embargo, nunca me has dado un cabrito para regocijarme con mis amigos; pero cuando vino este hijo tuyo, que ha consumido tus bienes con ramerías, mataste para él el becerro engordado.”* Y él le dijo: *“Hijo mío, tú siempre has estado conmigo, y todo lo mío es tuyo”*.

Este hombre terminó amargado porque nunca pudo creer que podía gozar de todo lo que tenía el padre, así nos puede pasar al estar bajo el legalismo, talvez deseamos como éste hombre ser buenos hijos, obedientes, esforzados en la obra, abnegados, etc. Pareciera que haciendo esto deberíamos terminar siendo aplaudidos por el Padre, sin embargo, la realidad nuestra es como en el caso de la parábola, el padre terminó haciendo fiesta por el hijo que aunque mal portado, decidió creer en él, no fue así para con el *“hijo dedicado”*, quien debido a sus grandes esfuerzos y



vida sufrida que se había impuesto a sí mismo, perdió la noción de todas las bendiciones que tenía en la casa del padre, de la cual la más importante era saber que era su hijo. Si no creemos lo que tenemos en Cristo Jesús, terminaremos viviendo como desheredados en la misma casa del Padre, viviendo sujetos a la esclavitud de la ley.

A veces, debido al orgullo y el legalismo en el cual vivimos, nos cuesta trabajo creerle a Dios, se vuelve trabajoso concebir qué tan glorioso es lo que tenemos en Dios y que lo único que tenemos que hacer no es otra cosa más, que aceptar lo que Cristo ya hizo por nosotros.

Es bajo este concepto en que el Apóstol Pablo está diciendo: “*con Cristo he sido juntamente crucificado*”, en otras palabras, “*el Padre me incluyó en la crucifixión del Hijo*”, no tenemos nada más que hacer, ni que agregarle al sacrificio de Cristo. Si el pasaje dijera “*al igual que Cristo estoy crucificado*”, entonces sí tendríamos que padecer mucho, pero por eso dice “*con Cristo*” porque esto nos incluye en la experiencia de Cristo.

Muchas veces, cuando pecamos, vivimos atormentados por el dolor que nos causa pecar en contra del Señor, y no es que no nos debe doler fallarle al Señor, si no nos referimos a aquel tormento que escogemos hasta por varios días, que no queremos aferrarnos a la sangre de Cristo, si no que primeramente ayunamos, hacemos vigiliias, nos recordamos constantemente de cuán grave fue el pecado que cometimos y otras cosas más que nos causen el mayor dolor posible. Al tratar de solucionar así nuestros pecados, lo que hacemos es levantar nuestro propio calvario, cuando en realidad sólo tenemos que acercarnos a la sangre de Jesús y creer que nuestros pecados son perdonados, porque ya Cristo pagó por todos ellos en la cruz del Calvario, como dice el Apóstol Juan:

1 Juan 2:1 Hijitos míos, os escribo estas cosas para que no pequéis. Y si alguno peca, Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. v:2 El mismo es la propiciación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero.



Lo que sucedió en la cruz, fue que el Hijo de Dios se adueñó del dolor que nos correspondía a nosotros, es decir, Él sufrió esa experiencia a favor nuestro. Lo que nos corresponde a nosotros es dar pisadas similares a la de Él, no para hacer de nuevo lo que Él ya hizo, si no para ser introducidos en lo que Él ya hizo.

Si no concebimos la cruz de esta manera, en vano murió Cristo. Por eso decimos nuevamente que la santidad no debe ser un producto nuestro, si no es el producto de la obra de Cristo en la cruz del Calvario. La santidad en nuestra vida será olfateada por el Padre, como sucedía en el antiguo tiempo con los sacrificios, lo único que salía con olor grato para el Señor era lo que se quemaba como ofrenda en el altar, y el altar es una figura de la cruz. De allí que del único lugar que puede brotar olor grato para el Padre es de la cruz; si lo que hacemos no tiene el olor de la cruz de Cristo, no seremos olor grato para el Padre; es decir, si lo que creemos que es santidad no se originó en la cruz de Cristo, eso no es otra cosa más que religiosidad y legalismo.

A parte de la Gracia, Dios no dejó otro método más que sea capaz de transformarnos, ni aún la Biblia nos ha sido impartida para que cumplamos todo lo que está en ella y luego ser transformados, ésta nos ha sido dada como un espejo el cual, al igual que en lo natural, sólo nos muestra la condición en la que estamos; es decir, sólo nos hace ver cuan necesitados estamos de que Dios perfeccione su obra en nosotros. La Gracia, por el contrario, es como el peine que utilizamos para arreglarnos el cabello al vernos en el espejo, es el instrumento que sirve para perfeccionar el peinado. Esto es lo que sucede en lo espiritual, no sólo debemos exponernos ante la palabra, sino que debemos tomar la gracia de Jesucristo para que sea ésta la que nos cambie, nos moldee y nos perfeccione.

No debemos ocupar la Biblia como la medicina que debemos aplicarnos para ser santos, pues si así lo hacemos caeremos nuevamente en los rudimentos de la ley. Ahora bien, el hecho que nos sea imposible alcanzar la santidad por nosotros mismos, no quita la responsabilidad que tenemos de serlo, pues aunque estemos conscientes que en nuestra carne nos es imposible agradar a Dios, eso no cambia en ningún momento que Dios nos va a juzgar por vivir para los deseos de la carne y no para el Espíritu. Por lo que no nos queda otra cosa más que aplicar la gracia



del Señor a nuestra vida, porque es la única esperanza que tenemos para alcanzar ser agradables a Dios.

En el día del juicio, nadie podrá excusarse: “*Señor, tú sabes que aquella área de pecado que yo tenía en mi alma, fue algo imposible soltarla, tú sabes que intenté salir de eso en muchas veces pero no pude, tu sabrás comprender y perdonarme*”. No habrán excusas válidas como éstas, ni tampoco escuchará el Señor argumentos religiosos tales como: “*Señor, tú sabes que me fue imposible agradarte al cien por ciento, pero me esforcé por cumplir esto y lo otro, tú sabes que no fui completamente santo, pero intenté lo más que pude*”; en otras palabras, no tiene excusa el que se va al mundo, ni el que está en la Iglesia religiosamente. La única manera de no ser avergonzado en aquel día es que echemos mano de la gracia del Señor.

Estar crucificados juntamente con Cristo, debemos concebirlo primeramente por Gracia como ***una experiencia de Cristo a favor nuestro***, para luego vivir éste mensaje bajo una ***concepción espiritual personal***, porque si empezamos a vivir en esta segunda dimensión, sin recibir la revelación de lo primero, esto nos servirá sólo para abonar a la vanagloria humana.

CÓMO SER HALLADOS EN ÉL

Para entender las palabras de Pablo, recordemos primeramente que Cristo nos trazó un camino y es más, Él es el camino, un camino que es capaz de eternizarnos y colocarnos en Él a la diestra del Padre. Ahora bien, esa ruta hizo que Cristo viviera y muriera en el Calvario, esta es pues, la ruta que también nosotros debemos de caminar, no debemos inventar otra, si no caminar en esa que ya está trazada, éste es el secreto que Pablo nos quiere transmitir en los siguientes versos.

Filipenses 3:8 Y aún más, yo estimo como pérdida todas las cosas en vista del incomparable valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor, por quien lo he perdido todo, y lo considero como basura a fin de ganar a Cristo, v:9 y ser hallado en El, no teniendo mi propia justicia derivada de la ley, sino la que es por la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios sobre la base de la fe, v:10 y conocerle a



guntar ¿Señor, por que me está pasando esto?; ¿Señor, por que me quitas aquello?, etc. Estas dudas surgen porque no entienden a cabalidad lo que le pidieron a Dios, tienen una escasez de conocimiento de lo que es la santidad.

A estas alturas, cuando Cristo dijo estas palabras, posiblemente le faltaba un año para ir al Calvario; sin embargo, ya confesaba con su boca que iba ir a la cruz porque Él tenía la revelación de lo que el Padre había escogido para Él. Así nosotros también, debemos de adquirir conocimiento espiritual, debemos estar conscientes de lo que estamos pidiendo. Precisamente por eso es que nuestra oración primaria debe ser que el Padre nos muestre lo que Él desea de nosotros y en base a Sus deseos, podamos abrazar la cruz que Él ha escogido para cada uno, entonces seremos hallados en Él.

“YA NO VIVO YO, CRISTO VIVE EN MI”

“Ya no vivo yo ...”

Cuando el Apóstol Pablo dice: *“ya no vivo yo, Cristo vive en mi”*, él hace uso de dos frases que en términos espirituales son completamente distintas y contrarias la una de la otra. Veremos a continuación cómo al decir esto es obvio que él está haciendo referencia a la experiencia de vida que nosotros tenemos en Cristo desde el día que Él vino a habitar en nuestro espíritu, tal como lo dicen los siguientes versos:

Romanos 8:9 Sin embargo, vosotros no estáis en la carne sino en el Espíritu, si en verdad el Espíritu de Dios habita en vosotros. Pero si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de El ... v:15 Pues no habéis recibido un espíritu de esclavitud para volver otra vez al temor, sino que habéis recibido un espíritu de adopción como hijos, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! v:16 El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios.

De manera que podemos concluir que ciertamente todo creyente tiene a Cristo en su espíritu. Pero para entender a cabalidad la frase: *“ya no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí”*, tenemos que ver dos realidades:



El, el poder de su resurrección y la participación en sus padecimientos, llegando a ser como El en su muerte, v:11 a fin de llegar a la resurrección de entre los muertos.

Aquí el Apóstol Pablo nos dice en el v:9 que él desea ser hallado en Cristo, y para ello veamos la fórmula que Él utilizó y la cuál merece que la imitemos. Y el primer punto a tratar es: “Cómo ser hallados en Él”, para ello debemos entrar a la ruta de Cristo; es decir, para concebir este camino, nuevamente debemos entender que de por medio está un acto de Gracia; el camino que nos conduce a ser semejante a Él es un camino de muerte para nuestro “yo”, puesto que entregamos a muerte aquellas cosas que no eran nada, pero también las que sí lo son, con tal de ganar a Cristo y ser hallados en Él

Parafraseando el versículo 8, Pablo dice: “*yo no pretendo hacer de mi vida otro Cristo, si no lo que quiero es ser hallado en Él, concebirme en lo que Él ya trazó para mi*”. Si vamos a seguir en la ruta que Cristo ya trazó, nos es necesario entonces, en similitud a Él, iniciar, avanzar y finalizar tal y como Él lo hizo. Veamos entonces como inició Cristo esta ruta.

Mateo 20:17 Cuando Jesús iba subiendo a Jerusalén, tomó aparte a los doce discípulos, y por el camino les dijo: v:18 He aquí, subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y escribas, y le condenarán a muerte; v:19 y le entregarán a los gentiles para burlarse de El, azotarle y crucificarle, y al tercer día resucitará.

Notemos en este pasaje que, Cristo tuvo un entendimiento espiritual de la cruz muchos días antes de su crucifixión, lo cual nos da la pauta que si nosotros queremos ser hallados “*crucificados juntamente con Cristo*”, debemos tener también un entendimiento espiritual del trato de la cruz que Dios tenga destinado para nosotros. En otras palabras, no podemos ver el cumplimiento de estas palabras en nosotros, si primeramente el Padre no nos revela el camino de la cruz por el cual, nuestro ser es quebrantado. Esto es como lo que muy a menudo le sucede a muchos creyentes; empiezan a pedirle al Señor que les ayude a vivir en santidad, pero cuando Dios los empieza a encaminar por la senda de la cruz, se empiezan a pre-



1. Como creyentes, tenemos la vida de Cristo
2. Como seres naturales, tenemos una vida natural.

Las dos vidas que tenemos en nuestro ser pueden coexistir, pero no desarrollarse ambas al mismo tiempo; si una de ellas crece, la otra irá en un proceso de muerte. Esta situación vendrá a originar un conflicto tremendo entre ellas que al final terminará en que una de ellas alcanzará la plenitud, gobernando así, todo nuestro ser. En otras palabras, Cristo puede morar en nosotros y a la vez podemos vivir nosotros (nuestra vida natural), pero esto no perdurará para siempre, en algún momento una naturaleza vivirá y la otra estará muriendo; si vive el Espíritu, la carne morirá, si se da lo contrario, no seremos aprobados por Dios, ni recibiremos el fruto de Vida que Él ha reservado para nosotros Sus hijos.

La existencia de las dos vidas en nuestro interior, es algo posible debido a que nosotros somos seres tripartitos (espíritu, alma y cuerpo) y cuando aceptamos a Cristo Él viene a habitar en nuestro espíritu, pero si esta parte de nuestro ser no se mantiene en avivamiento constante, nuestra parte existencial natural (el “yo”, que está ubicado en el alma y el cuerpo) tendrá dominio sobre nuestra vida espiritual, haciendo que esta se estanque en su crecimiento.

Es como el ejemplo práctico que encontramos en *Juan 12:24* “*En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, produce mucho fruto*”. La semilla tiene vida en sí misma, pero internamente ella tiene un potencial de convertirse en algo vivo mucho más productivo, sin embargo, para que esa vida fructífera se manifieste, es necesario que esta caiga a tierra y a través de un proceso de muerte, pierda su naturaleza de semilla, pues sólo de esa manera dará mucho fruto.

A nosotros nos sucede como el ejemplo de la semilla, algo de “vida o muerte”. Nuestro “yo” está encaminado a morir para que se pueda manifestar la vida de Cristo. Si nuestro “yo” existe será imposible que la vida de Dios crezca, pero si nuestro “yo” muere, entonces la vida del Espíritu se evidenciará en nosotros. Éstas frases antagónicas que menciona el Apóstol Pablo, nos permiten ver que debido a



la estructura de nuestro ser, sí pueden coexistir ambas naturalezas, sólo que la vida de Cristo deberá permanecer relegada e infructífera en el área del espíritu y nuestro “yo” tendrá que impedir cualquier ingerencia que el Espíritu quiera tener sobre el alma y el cuerpo.

La clave entonces para poner en practica esta verdad es darle libertad al Espíritu de Cristo para que habite no sólo en nuestro espíritu, sino que fluya en todo nuestro ser, no poniéndole fronteras, si no por el contrario, rindiendo ante Él nuestra voluntad y permitiéndole que toque, habite y gobierne la dimensión existencial de nuestro “yo” (el alma y el cuerpo).

Seguramente, esta fue la virtud más grande que tuvo Cristo: entregar su voluntad y su existencia natural en manos del Padre. Esto lo vemos de una manera contundente cuando Él dijo en el Getsemaní estas palabras: *“Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú quieras”*. De éstas palabras de Cristo, fue seguramente que le vino inspiración al Apóstol Pablo para decir *“ya no vivo yo...”*, pues vemos al Hijo de Dios viviendo estas palabras, al rendir todo su ser en manos del Padre. Que el Señor nos ayude para que al igual que Pablo profirió esas palabras, nosotros también las imitemos, aplicándolas a nuestra vida personal, diciéndole al Señor: *“todo lo que para mí era ganancia, lo he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y aún más, yo estimo como pérdida todas las cosas en vista del incomparable valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor, por quien lo he perdido todo, y lo considero como basura a fin de ganar a Cristo”*. Esta debe ser nuestra ocupación, perder interés por nuestra voluntad poniendo plenamente nuestras vidas a disposición del Padre, olvidándonos de nuestro tiempo y de nuestros planes para que de esa manera podamos decir: *“estoy crucificado juntamente con Cristo”*.

Si aún no hemos rendido a Él nuestra vida, nuestros planes, nuestros deseos y nuestros anhelos, seguramente la vida de Cristo aún no está fluyendo en todo nuestro ser, si no que nuestro “yo” lo mantiene relegado a la dimensión del espíritu y este estilo de vida mantendrá una resistencia a caminar la ruta de la cruz, lo que nos muestra que aún no nos hemos humillado a vivir lo que el Señor tiene para nosotros. Dios nos permita ir caminando paso a paso en el camino que Cristo



nos mostró, para que al final podamos ser hallados en Él y poder decir también como el Apóstol Pablo: *“ya no vivo yo, Cristo vive en mi ...”*

“... Cristo vive en mi”

Por otra parte, vemos al Apóstol Pablo que después de decir: *“ya no vivo yo”*, el avanza otro paso en la caminata diciendo: *“Cristo vive en mi”*. La razón por la que él dice estas palabras es porque entendió que a estas alturas Cristo no habitaba sólo en su espíritu, si no Cristo habitaba también en su “yo existencial”.

Anteriormente dijimos que era posible una coexistencia de las dos naturalezas, toda vez y cuando éstas habitaran en áreas diferentes del ser del hombre, pero aquí Pablo claramente está haciendo referencia de que Cristo habita en su “yo” y la única manera que esto pueda suceder es que su “yo” definitivamente tiene que estar muerto, porque si el Espíritu ha logrado vivir en su alma y en su Cuerpo, quiere decir que ya no existe el “yo”, si no que ahora es Cristo el que ha inundado todo su ser.

La expresión “Cristo vive en mi” es una realidad sólo si la vida del Señor se extiende a todo nuestro ser y si nosotros estamos dispuestos a no vivir más en nuestro “yo”. Veamos el siguiente pasaje:

Efesios 3:14 Por esta causa, pues, doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, v:15 de quien recibe nombre toda familia en el cielo y en la tierra, v:16 que os conceda, conforme a las riquezas de su gloria, ser fortalecidos con poder por su Espíritu en el hombre interior; v:17 de manera que Cristo more por la fe en vuestros corazones;”

El último verso dice claramente que Cristo vive en el hombre interior, es decir, en el espíritu. Sin embargo, aquí Pablo está orando para que el Espíritu de Cristo habite también en nuestros corazones, en otras palabras, la oración de Pablo es para que la Vida del Espíritu pueda fluir aún en nuestra alma y nuestro cuerpo.

En la medida que nuestro “yo” sea tocado por la disciplina de la cruz (la que



tomamos personalmente) nuestro “yo” será quebrantado y de esa manera el Espíritu fluirá con libertad no sólo en el hombre interior si no también en el hombre exterior.

Esta ley es inquebrantable, lo vemos a lo largo de toda la Escritura; en la medida que nosotros morimos, la vida de Cristo se manifiesta en la misma proporción a la muerte del “yo”. No hay manera que una de éstas naturalezas crezca, si la otra no muere, en nosotros constantemente éstas dos naturalezas están luchando por la vida, porque la que viva producirá muerte a la otra. Por eso el Apóstol Pablo dice: *“Ya no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí”*. Él podía decir éstas palabras porque estuvo dispuesto a pagar el precio de perder su vida, con tal que la vida de Cristo se desarrollara en él

Esto es como vemos a veces que hay medicinas tan potentes que sólo entran al cuerpo de la persona y la mejoría empieza a hacerse notoria de manera casi inmediata. Los efectos positivos que causa un medicamento “x”, resultarán axiomáticamente, su efectividad se verá en el cuerpo enfermo a la mayor brevedad, no necesitamos ponernos de cabeza, acostarnos, agitarnos, etc. para hacer más efectivo el medicamento; sólo es cosa de tiempo y empezaremos a ver resultados, no tenemos que hacer nada para que el efecto del medicamento sea mejor, sólo tenemos que dejar que la medicina actúe, lo único que tiene que hacer alguien para ver la efectividad, es tomar o aplicar el medicamento con responsabilidad en su horario indicado, nada más . Pues, así también es el asunto de la gracia del Señor; es ella la que hará el milagro completo, lo único que tenemos que hacer para ver su efectividad es colocarnos en el plano de *“ya no vivo yo”*.

Al meditar en el concepto de *“ya no vivo yo”*, nos damos cuenta que esto no es un asunto de héroes. Por ejemplo, algunos piensan que ayunando, tendrán más de Cristo, pero lamentablemente, al final, una gran mayoría terminan vanagloriándose de sus grandes sacrificios en la abstinencia de los alimentos. Esto no es el plano de *“ya no vivo yo”*, si vamos a ayunar, dejemos que sea el Espíritu Santo el que nos guíe a ayunar, pues así, la Gloria será sólo para el Señor. Dios no pide, ni necesita el heroísmo humano en ningún momento.



Volviendo al ejemplo de las medicinas, imagínese que ridículo sería que después de estar enfermos de una gran infección en la garganta, terminemos atribuyéndonos honores a que el alivio vino a causa de que nos tomamos la medicina en sus horas correctas. ¡Imposible! No podemos atribuirnos honores en lo absoluto, porque si alguien merece honor es el que inventó la medicina y la medicina en sí misma. Pues igual sucede en el plano espiritual, no podemos gloriarnos de que el éxito de nuestra vida en Cristo es que nos hemos colocado en la dimensión de “*ya no vivo yo*”, eso es lo menos que podemos hacer si en realidad estamos necesitados que Dios nos transforme. La Gloria de nuestra transformación la merece el Señor, porque Él es quien nos da de su Maravillosa Gracia, para que ésta opere con potencia en nosotros.

La palabra “vivo” en el Griego es “*zao*” (#2198 *Strong's*) y en el Diccionario “Vine” se traduce como “*revivir*”, lo que nos da la idea de algo que está necesitado de que Dios haga algo, porque se está muriendo. Si no caemos en esta condición de necesidad, de decir, “*ya no vivo yo*”, es decir, “Señor me hago a un lado, Señor quiero hacer a un lado mis planes, mis deseos y todo mi “yo”, con tal de que tu vida “*reviva en mí*”, pero por favor haz algo”. Esta es la condición de alguien que está urgido de que Dios haga algo con él. En otras palabras, lo que nos dice el Apóstol Pablo es: “*Si quieres que el camino de la gracia se aplique en ti, no vuelvas a vivir tu propia vida*”.

Otro gran problema que tenemos para morir a nuestro “yo” es que nos cuesta reconocer que para este mundo nosotros no somos más que cadáveres, porque cuando decimos “*ya no vivo yo*”, automáticamente estamos reconociendo que nos han quitado el derecho de ser parte de este mundo. Por eso es que Cristo dijo veros como éstos:

“Juan 17:16 Ellos no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo.”

“Juan 18:36 Jesús respondió: Mi reino no es de este mundo ...”

Ya no vivimos para el mundo porque ya no somos del mundo, en esta tierra nosotros debemos considerarnos, como decía el Apóstol Pedro: “*1 Pe. 2:11 Ama-*



dos, os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de las pasiones carnales que combaten contra el alma". Este mundo ya no es nuestra casa, cuando aceptamos a Cristo, morimos para el mundo. Un muerto ya no posee nada en esta tierra, así nosotros, somos contados muertos ante nuestros amigos, ante nuestra familia, morimos a nuestras metas, a nuestros derechos, a nuestros deseos, proyectos, etc. En síntesis, todo nuestro ser está muerto, y al morir el hombre, muere todo juntamente con él.

Por eso hemos titulado este libro: "Cristo, nuestra Vida" porque esa naturaleza sí se va vivificando y renovando día con día, mediante la potencia del Poder de Dios que opera en nosotros. Como decía el Apóstol Pablo:

2 Corintios 4:16 Por tanto no desfallecemos, antes bien, aunque nuestro hombre exterior va decayendo, sin embargo nuestro hombre interior se renueva de día en día.

Colosenses 3:10 y os habéis vestido del hombre nuevo, el cual se va renovando hacia un verdadero conocimiento, conforme a la imagen de aquel que lo creó;

Efesios 3:16 que os conceda, conforme a las riquezas de su gloria, ser fortalecidos con poder por su Espíritu en el hombre interior;

CONCLUSIÓN:

Hermanos, no queremos traer confusión en las palabras que decimos en este libro, a la verdad son muy profundas. Algunos dirán: "Al principio decían que no tenemos por qué colgarnos nuevamente de un madero a la par de Cristo, sin embargo, hoy están diciendo que es necesario que para que Cristo viva en nuestro "yo", debemos aplicar la cruz de manera personal."

En lo que hemos escrito no hay contradicción alguna, pues al iniciar este libro hacemos referencia que el mensaje de la cruz tiene como objetivo traernos una revelación de lo que Dios quiere hacer en nosotros y que esta nos lleva a una realidad en la que experimentamos dos cosas básicas: la primera es recibir el entendi-



miento de que estamos juntamente crucificados con el Señor y que soy beneficiario del sacrificio de Cristo. La otra cosa es una concepción de la cruz aplicada en nuestro ser con el fin de que Cristo sea una experiencia de vida para nuestro espíritu, alma y cuerpo.

Al decir: “ya no vivo yo”, nos tiene que recordar las palabras de Cristo que encontramos en *Mateo 16:24* “Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”. Estas palabras hacen énfasis en recordar que para avanzar en nuestra caminata con el Señor, no debemos permitir que nuestro “yo” tenga protagonismo en nuestros deseos, anhelos y decisiones de la vida, si no todo lo contrario, debe haber una negación constante al “yo”. Éstas palabras de Cristo nos explican el proceso de cómo hacer posible que “ya no viva yo”, y según el Señor la única forma de lograrlo es aplicando la obra de la cruz que Él nos pide que tomemos individualmente.

Entonces notemos la diferencia que existe entre las frases: “*con Cristo estoy juntamente crucificado*”, la cual tiene que ver con la cruz del Señor aplicada por Gracia a través de la revelación que el Espíritu trae a nuestras vidas, y la segunda frase “*ya no vivo yo*”, que es la obra de la cruz que debemos tomar personalmente, la cruz que nos ubica en un plano de quebrantamiento tal, que nuestro “yo” ya no quiera vivir; aceptamos el dolor, la angustia, los tratos, la disciplina del Espíritu y nos aniquila totalmente nuestro ser natural, dando lugar y espacio a la realidad de la última frase “Cristo vive en mí”, donde a través del quebrantamiento del “yo”, la vida del espíritu ha logrado fluir en nuestra alma y nuestro cuerpo.

En conclusión, ya no somos de este mundo, creamos la obra de Cristo en la cruz del Calvario y que juntamente con Él fuimos crucificados. Si ya morimos con Él, no tenemos nada qué hacer en y para el mundo. Sólo tenemos que aceptarlo y colocarnos en esa posición, porque ya es un hecho. Al colocarnos en éste plano, seguramente habrán pérdidas muy considerables, pero el fruto de Vida que habrá al final será la Vida de Cristo fluyendo en todo nuestro ser. ¡Aleluya!